

banda *Faille*, d'Albert Bensoussan (Apogée, janvier 2011), que conté la història i el trajecte literari d'una parella d'humanistes que vivien entre Catalunya i França; d'altra banda, *L'immémorieuse* (Apogée, février 2012) que s'acaba amb un text sobre la mort de la Mathilde i que hem publicat en la ja citada *Revue des Langues Néo-latines*. També llegirem *La césure* (Apogée, janvier 2011) que és una novel·la escrita per la mateixa Mathilde Bensoussan, ja traduïda al català pel seu germà, Josep Maria Tubau, i publicada a Sitges el setembre del 2011. Es tracta d'una ficció en què una dona molt jove s'allunya de la seva vida passada per a construir una autèntica llibertat. La traductora i investigadora s'havia, doncs, inventat un altre tipus d'escriptura, no deixant mai de viure a través de la literatura.

Qui era Mathilde Tubau Bensoussan? Una intel·lectual, fascinada per la poesia —Baudelaire, Luis de Góngora—, que no tenia cap vanitat, dotada d'un sòlid humor i d'un sentit crític molt viu, però essencialment altruista, que havia meditat sobre la mort —«Rien n'est à nous» (*Faille*, p. 30)—, molt interessada pel budisme: diverses vegades va afirmar que volia la incineració, perquè li feia por la descomposició del cos sota la terra. Ha tornat a Barcelona, acompanyada per la seva família i els seus amics fins al cementiri on es troba la sepultura dels Tubau. Havent viscut a França, rica d'una doble cultura, va consagrar tota la seva activitat d'investigadora, de professora i de traductora a la divulgació de la cultura catalana. Tanta dedicació li val el doble agraïment de Catalunya i de França: «sa passion pour la Catalogne, qui l'avait vu naître» (*Faille*, p. 39), ... «tout ce que ce pays devait à son ambassadrice culturelle» (*Faille*, p. 40).

Marie-Claire ZIMMERMANN

Institut d'Estudis Catalans

Reial Acadèmia de Bones Lletres de Barcelona

CARLOS PUJOL, TRAS EL ESPEJO DE LA FICCIÓN
(1936-2012)

A pesar de ser un destacado poeta, narrador (autor de novelas, cuentos y novelas cortas), traductor, ensayista y editor, nunca antes los medios de comunicación le habían prestado tanta atención a Carlos Pujol Jaumandreu como en el día de su muerte, acaecida a los 75 años de edad, quizá con la excepción de aquellos otros de octubre en que se falla el Premio Planeta, cuando nuestro autor aparecía como el rostro literario de la editorial y el responsable último de la organización de sus distintos premios gordos. Pero tal vez no esté de más recordar que para él ese trabajo fue sólo un mero ganapán, con el que poder criar a una gran familia compuesta por numerosos hijos y nietos, de la que tanto le gustaba presumir y a los que adoraba casi tanto como a su esposa: la pintora Marta Lagarriga, autora de varias de las ilustraciones que aparecen en las cubiertas de sus libros que publicó la editorial Pamiela.

Carlos Pujol nació y vivió toda su vida en Barcelona, sin contar unos pocos años que pasó en Inglaterra. Y a su ciudad natal le dedicó al final de su vida un libro delicioso: *Barcelona y sus vidas* (Comares, 2010). Era católico practicante, pero no al tocoso modo que suele gastarse a menudo entre nosotros, sino de la pequeña facción civilizada y tolerante. Buena prueba de ello son algunos de sus libros: *La casa de los santos. Un santo para cada día del año* (Rialp, 1989); *Gente de la Biblia (De Aarón a Zaqueo)* (Rialp, 1992); y *Siete escritores conversos* (Palabra, 1994), entre otros G.M. Hopkins, Chesterton o Evelyn Waugh. Pero para mí era, ante todo, un hombre sabio, afable, discreto, independiente y bueno, además de generoso con sus inmensos saberes, al que le irritaba la falta de capacidad crítica que solían mostrar los escritores, a quienes todo reconocimiento les parecía poco aunque nunca se preguntaban si sus libros tenían realmente interés y calidad. Ahora que ya no

está, empezaremos a darnos cuenta de que se trató de un ser irrepetible, sobre todo en estos tiempos donde ciertos autores a menudo desalojan mucho más de lo que pesan. Fue un ensayista ameno y lúcido, y un gran traductor, quien al conocimiento profundo de lenguas como el inglés o el francés, unía el dominio del castellano. Él solía repetir que el autor que más quebraderos de cabeza le había dado, en este terreno, había sido Henry James, de quien tradujo una antología de sus cuentos. Fue también un crítico literario benévolo en diarios como *La Vanguardia*, *ABC*, *El País* y *El Sol*, y un notable narrador, poeta y aforista, siempre al margen de modas pasajeras.

Sorprende que un señor que tenía en su haber versiones de Racine (*Andrómaca* y *Fedra*, Planeta, 1982), John Donne (*Cien poemas*, Pre-textos, 2003), Ronsard (*Sonetos para Helena*, Bruguera, 1982), G. M. Hopkins (*Poesía*, Comares, 2000), Emily Dickinson (*Algunos poemas* y *Algunos poemas más*, Comares, 2002 y 2006), Baudelaire (*La flores del mal*, Planeta, 2002) o Verlaine (*Poesía*, Planeta, 1992), declarase con su humor habitual en una interesante entrevista que le hizo Miguel Maristany, que se necesitaba valor para escribir poesía después de haber traducido a Baudelaire. El caso es que llegó a la lírica a través de la novela, «mi poesía es más de contar que de cantar», y de su práctica como traductor, pues «las traducciones en verso —reconoce— me proporcionaron muñeca».

Pero también resulta incomprensible que alguien que nos dio en castellano obras en prosa de Daniel Defoe (*Moll Flanders*, el *Diario del año de la peste* y *Las aventuras de Robinson Crusoe*, publicados por Planeta y Bruguera, en 1978, 1985 y el 2008, respectivamente), Jane Austen (*Emma*, Planeta, 2002), Stendhal (*Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*, traducidas con Tania de Bermúdez Cañete), Proust (*Un amor de Swann*, Planeta, 2002), numerosas novelas de Simenon, por encargo de la editorial Tusquets, Hemingway (*El viejo y el mar*, Planeta, 1976) o Jorge Semprún (*El largo viaje*, Seix Barral; o *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Tusquets, 2012), nunca mereciera el Premio Nacional de Traducción, ni ningún otro de los varios que se conceden a esta compleja práctica literaria. ¿Por qué? Esta interrogación podría extenderse, además, a su obra poética y narrativa, a la que tan escasa atención se le ha prestado.

Cuando lo conocí y empecé a tratar con asiduidad, a comienzos de los 80, acababa de publicar una excelente novela, *La sombra del tiempo* (Bruguera, 1981), elogiosamente reseñada entonces por Francisco Rico, tan poco dado a apostar por libros posteriores a 1650. Tenía entonces 45 años y ya no trabajaba como profesor en la Universidad de Barcelona, pero se sentía orgulloso de haber sido discípulo de Riquer, con quien hizo su tesis doctoral, dedicada a Ezra Pound. Abandonó las clases de literatura francesa en 1977 porque no le daban para vivir, pero nos ha dejado notables ensayos, como *Voltaire* (Planeta, 1973), *Leer a Saint-Simon* (Planeta, 1979) o *Balzac* y '*La comedia humana*' (Planeta, 1974), o esos modélicos libritos de divulgación y tono ensayístico que son *La novela extramuros* (Laie, 1975), *Abecé de la literatura francesa* (Planeta, 1976), *1900, fin de siglo* (Planeta, 1987); *El espejo romántico* (PPU, 1990) y *Victorianos y modernos* (Nobel, 1997); o el estudio sobre la obra de su gran amigo y vecino Perucho (*Juan Perucho. El mágico prodigioso*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1986). En casa de éste y con los poetas Alfonso Canales y Pere Gimferrer, fundó la Academia de los Ficticios, en la Avenida de la República Argentina. ¡Cuánto hubiéramos dado muchos *letraheridos* porque alguna vez se nos concediera asomar por allí la nariz!

Poco después fueron apareciendo numerosos libros de poemas, en editoriales como Pamiela, Comares, Pre-textos y Cálamo, en los que a menudo se valió de la técnica del monólogo dramático, a la manera de Robert Browning, prestándole su voz y encarnándose o autorretratándose en Bernini, Job, Ulises, Vermeer e incluso la Marquesa de Sévigné («al entrar en ellos —comenta Pujol en una entrevista, con su habitual ironía— también descubres que hasta el sol tiene manchas»), como ha recordado oportunamente Enrique García-Máiquez. Quizá mi preferido siga siendo *Gian Lorenzo* (Diputación de Málaga, 1987), sobre el escultor Bernini. Así las cosas, el conjunto de sus *Poemas* (Comares, 2007) aparece reunido en un tomo de la exquisita colección La Veleta, al cuidado

de Andrés Trapiello, uno de sus mayores y constantes valedores. En los últimos años el componente autobiográfico de sus versos fue creciendo, en libros como *Versos de Suabia* (Pre-textos, 2005), la región alemana donde vivía uno de sus hijos; *El corazón de Dios* y el póstumo *Bestiario*, ambos publicados en la editorial Cálamo, de Palencia, en el 2011 y 2012, respectivamente.

Habría que sumar, además, un puñado de excelentes novelas culturalistas, teñidas de humor y de una leve ironía, entre las que destacaría, no es empresa fácil decantarse solo por unas pocas, *El lugar del aire* (Bruguera, 1984), *Es otoño en Crimea* (Plaza & Janés, 1985) *Jardín inglés* (Plaza & Janés, 1987), *Los días frágiles* (Edhasa, 2003) y *Los fugitivos*, o los relatos de *Fortunas y adversidades de Sherlock Holmes*, donde consigue enriquecer el estilo de Conan Doyle, estos dos últimos publicados por Menoscuarto, en el 2011 y 2007, respectivamente. Casi todas ellas tienen que ver con una ciudad y un momento histórico significativo, sea Roma («Li diavoli che nun se troveno all'inferno, stanno a Roma», proverbio romano que recuerda en su novela del 2011), París, Barcelona o Tombuctú, donde unos seres humanos intentan sobrevivir, pero en las que nunca falta una aventura casi siempre disparatada que llevan a cabo personajes con frecuencia insondables. Otro de mis preferidos es *Cuadernos de escritura* (1988, ampliado en Pre-textos, 2009), libro singular y pleno de sabiduría literaria, compuesto por aforismos y breves artículos. Después de muchos cambios de editorial (nunca tuvo agente literario), me confesó en una ocasión que al final había hallado la tranquilidad gracias a la confianza mostrada por José Ángel Zapatero, editor de Menoscuarto y Cálamo, quien le ha publicado casi todos sus últimos libros, tanto en prosa como en verso.

En 1997 volvió a las aulas durante diez años como profesor de la Universidad Internacional de Cataluña, en su Facultad de Humanidades, nombrándolo tras jubilarse miembro de su Consejo asesor. Quienes tuvimos la inmensa fortuna de tratarlo y disfrutar de su amistad no podremos olvidarlo nunca, habida cuenta de lo mucho que hemos aprendido de él y del disfrute que nos han proporcionado sus obras, de las que se valió para mostrarnos quién era realmente y cuáles fueron sus cuitas e ilusiones, esos *secretos* a los que se refiere en sus textos, a través de lo que él llamó «el espejo turbio y prodigioso de la ficción». Acaso deberíamos conjurarnos para que su nombre abandonase definitivamente esa clandestinidad que él tanto apreciaba. Por supuesto, también seguiremos teniendo presente aquel consejo de Don Quijote que le gustaba repetir: «Llaneza, muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala».

Quiero concluir recordando el poema que cierra *El corazón de Dios*, pues en estos versos puede advertirse la conciencia del poeta de que pronto le llegaría su hora:

Muchas veces el tiempo
extravía las cosas de la vida,
las ideas más sólidas
que uno siempre ha tenido de sí mismo:
igual que si olvidáramos
incomprensiblemente
la luz de la mañana.
¿Miras hacia otro lado, que se apañen,
durmiendo se te olvida lo que somos?
¿Es eso? Deja al menos que lo diga
sin que nadie nos oiga una vez más.
Por ponernos pesados que no quede.
Claro que un día resucitaremos,
pero ahora, esta noche, ¿no es posible?

Fernando VALLS
Universidad Autónoma de Barcelona